

LOS DIARIOS DE JOSÉ MARTÍ COMO FRAGMENTOS DE UN TODO INABARCABLE

CARLOS JAVIER MORALES

La escritura del cubano José Martí (1853-1895) nos ofrece en cada texto independiente, por pequeño que sea, una imagen cabal del Universo. Y esto también sucede con gran frecuencia en fragmentos más o menos breves de un escrito mayor, ya sea un poema, una crónica, un ensayo o un manifiesto político. Se diría que su conciencia romántico-simbolista de poeta, como veedor privilegiado de los secretos del cosmos, se halla siempre en pie con el ánimo de mostrarnos de continuo la unidad armónica del mundo, aun en medio de las catástrofes personales y sociales más dolorosas. En efecto, su extraordinaria capacidad de síntesis —en lo intelectual y en lo sensorial—, el uso magistral del símbolo, con todo su poder de evocación, y la conciencia viva de habitar en un Universo analógico, donde todo está en todo, le permiten hacer auténtica poesía (que para él es la visión del Todo) en cada párrafo que escribe.

Por citar uno de tantos ejemplos posibles, vayamos a la última estrofa del poema XVII de los *Versos sencillos* (1891): «Arpa soy, salterio soy / Donde vibra el Universo: / Vengo del sol y al sol voy: / Soy el amor: soy el verso» (Martí, 2001, 179). Su lugar en el Todo brilla diáfano y apela a todos los sentidos, invitando al lector a sumarse a esa cósmica vitalidad. Algo semejante sucede en un solo verso, «Dos patrias tengo: Cuba y la noche» (2001, 210), el primero de un conocido poema, que inicialmente sólo pretende describir el estado moral de su patria. Y si queremos ejemplificar esta capacidad suya de esbozar su visión (y su sentimiento) total del mundo en un texto en prosa, basta con acudir a los dos primeros párrafos de la crónica «Fiestas de la Estatua de la Libertad», publicada en *La Nación* de Buenos Aires el 28 de octubre de 1886, con motivo de la inauguración del célebre monumento neoyorquino:

Terrible es, libertad, hablar de ti para el que no te tiene. Una fiera vencida por el domador no dobla la rodilla con más ira. Se conoce la hondura del infierno, y se mira desde ella, en su arrogancia de sol, al hombre vivo. Se muerde el aire, como

muerde una hiena el hierro de su jaula. Se retuerce el espíritu en el cuerpo como un envenenado.

Del fango de las calles quisiera hacerse el miserable que vive sin libertad la vestidura que le asienta. Los que te tienen, oh libertad, no te conocen. Los que no te tienen no deben hablar de ti, sino conquistarte (2004, 222).

Sin embargo, los dos *Diarios* que escribió Martí durante los cuatro últimos meses de su vida nos ofrecen una visión del mundo siempre provisional, en un continuo *hacerse y transformarse* al hilo de los hechos que va viviendo y anotando. Sólo con la lectura completa de ambos diarios podrá el lector llegar a conocer a Martí como uno conoce a alguien muy querido a quien trata íntimamente, de manera que, por muy familiar que esa persona se le vaya haciendo a uno día a día, nunca podrá conocerla del todo, ni aun cuando termine la historia de esa amistad o la misma vida del amigo. Como bien ha observado Ada María Teja, «en su obra anterior Martí testimonia una percepción de la totalidad, en el *Diario* [se refiere específicamente al último, al *Diario de campaña*] la realiza: ahora vive la presencia y la corporeidad de ese árbol, de esa persona; la naturaleza habla el lenguaje de la presencia, él aprende y goza de estar inmerso en la naturaleza, no busca trascender el aquí y el ahora con correspondencias o analogías, no hay símiles, como antes, ni metáforas, hay pocos símbolos» (Teja, 1994, 1142).

Por tanto, frente al texto completo y clausurado que nos brinda Martí en sus poemas, ensayos y crónicas, textos que son portadores de una imagen total y definitiva del mundo,¹ los diarios nos ofrecen un conjunto de fragmentos que no pretenden enseñar nada ni mostrar una imagen acabada del mundo o del poeta. Sólo a través de su lectura podemos ir asimilando, de una manera progresiva y vivencial —nunca explícita ni intelectual—, la irreductible personalidad de su autor y el intenso dramatismo que le toca vivir en este tramo último de su existencia. Me interesa insistir en este carácter radicalmente vivencial de los *Diarios* martianos porque, aunque en ellos encontremos alguna reflexión moral o política a raíz de un hecho concreto, tales apuntes intelectuales no suelen ocupar más de dos o tres líneas. Y, aunque todos estos episodios transcurran en la República Dominicana, Haití o Cuba, no espere el lector encontrar una exposición sobre la naturaleza y la cultura de tales países, cosa que sí había hecho el autor casi veinte años antes, en su ensayo *Guatemala* (1877). Los *Diarios* nos sumergen sin más en un rincón de un pueblo, de un bosque o de un descampado antillano, para dar cuenta de lo que ahí, en un día concreto, vivió y sintió el autor. Ahora bien: como toda obra verdaderamente literaria —y esta lo es en grado sumo—, los

¹ No obstante, pese a su acento inconfundible, la variedad estilística de Martí es impresionante, tanto por el carácter peculiar de cada escrito como por la evolución que experimenta su prosa y su verso a lo largo de su trayectoria creadora. Sobre esta variedad, puede consultarse el apartado «El estilo y los estilos» de mi libro *La poética de José Martí y su contexto* (Madrid, Verbum, 1994), pp. 276-284.

Diarios martianos, cuenten lo que cuenten, nos darán al final, y de un modo secreto, subrepticio, el retrato más penetrante del alma y de la sensibilidad de su autor.

Pues si bien es cierto que cualquier *diario* no es una obra literaria, sí lo son todos aquellos que, a través de las experiencias vitales de cada jornada, acaban haciéndonos vivir la vida del autor y contagiándonos su peculiar visión del mundo, llena de una lucidez hasta entonces inédita. Y este es el caso de los *Diarios* de José Martí. Por eso llama tanto la atención el hecho de que durante esos cuatro meses de 1895, en los que Martí prepara y participa en la guerra de independencia de Cuba, nuestro autor apenas anote en sus diarios los rasgos definitorios del proyecto político que ha forjado para su patria, máxime cuando por esas fechas, concretamente el 25 de marzo de 1895, a la vez que escribe su diario, termina de redactar y firma (junto con el general Máximo Gómez) el célebre *Manifiesto de Montecristi*, donde expone su idea de la nación cubana y los medios políticos y militares que considera necesarios para llevarla a cabo. Poco, muy poco de eso, queda recogido en sus diarios; de manera que quien quiera conocer el proyecto político de Martí para Cuba y nuestra América deberá ir al citado manifiesto y a textos tan imprescindibles como *Nuestra América* o *Con todos y para el bien de todos*. Ahora bien: ese mismo proyecto político cubano e hispanoamericano, que los *Diarios* no nos permiten conocer en sus principios e implicaciones teóricas, sólo se hace *realidad viva y vivida* precisamente en los *Diarios*. Es aquí donde su ideal político-social se hace pura *mímesis* o representación vital compartible por todos los lectores. Es aquí donde la literatura es sólo literatura, en su más alto y noble sentido.

Pero, antes de seguir adelante (y pensando en el lector aún no conocedor de estos textos martianos), considero oportuno presentar brevemente ambos *Diarios*, aludiendo a sus rasgos externos y a las circunstancias de su escritura. Y aquí debo advertir que, si bien Martí escribió más de veintidós cuadernos de apuntes, que se conservan íntegros en el Centro de Estudios Martianos de La Habana, además de una infinidad de fragmentos manuscritos o mecanografiados que también se conservan (muchos de los cuales son el germen de textos publicados y muy conocidos), lo cierto es que Martí sólo escribió *dos* diarios, ambos consecutivos en sus fechas: sólo los separa el lugar de escritura, el enfoque de la realidad vivida y las peculiaridades estilísticas que se derivan de esos enfoques.

El primero de estos *Diarios* es el *De Montecristi a Cabo Haitiano*, escrito entre el 14 de febrero y el 8 de abril de 1895, cuando nuestro autor se encuentra ya en la isla de Santo Domingo con intención de pasar a Cuba para sumarse a la guerra de independencia que él mismo había contribuido a programar. Durante las jornadas de este primer diario Martí se reúne con sus compañeros de expedición: el general Máximo Gómez, Francisco Borrero, Ángel Guerra, César Salas y Marcos del Rosario. Las cuartillas en que escribe están dirigidas a María y Carmen Man-

tila, hijas del matrimonio formado por los venezolanos Manuel Mantilla y Carmen Miyares, grandes amigos de Martí en sus años de Nueva York. Vale la pena transcribir la sencilla dedicatoria:

Mis niñas:

Por las fechas arreglen esos apuntes, que escribí para Vds., con los que les mandé antes. No fueron escritos sino para probarles que día por día, a caballo y en la mar, y en las más grandes angustias que pueda pasar hombre, iba pensando en Vds.

Su

M (1975, 185).

El segundo diario, *De Cabo Haitiano a Dos Ríos*, se escribe entre el 9 de abril y el 17 de mayo, sólo dos días antes de su muerte. No tiene dedicatoria y está inacabado, por razones lógicas. Pronto comprobaremos que la lectura de ambos *Diarios* constituye un acontecimiento literario nada común, pero la *intencionalidad literaria* con que elabora ambos textos queda ya patente por el mero hecho de que el autor escribiese primero un borrador para la entrada de cada día y luego redactara el texto definitivo de esa jornada, con tinta o con lápiz, en cuartillas debidamente numeradas; de modo que la versión final de cada fragmento presenta modificaciones muy significativas desde el punto de vista literario.

Dicho esto, es hora de pasar, sin más, a precisar la peculiaridad significativa y expresiva de cada uno de ambos *Diarios*, para luego, al final de estas páginas, advertir sobre los rasgos comunes y el valor literario que nos ofrecen los dos textos leídos como un todo.

Si recordamos la dedicatoria del *Diario de Montecristi a Cabo Haitiano*, no hará falta decir mucho más sobre la honda emoción subjetiva con que Martí selecciona y representa literariamente la materia de su escritura. Por otra parte, caeremos en la cuenta de que no parece lógico que nuestro autor invirtiera tanto esfuerzo creativo a la hora de caracterizar a cada personaje o de narrar cada acción si su único propósito, como apunta en tal dedicatoria, fuese el de demostrar a las dos hijas de Carmen Miyares el afecto con que las recordaba de continuo. Ya se ve que Martí pretende algo más, mucho más: concretamente, este *Diario* refleja la gran capacidad de observación y el indecible gozo que vive Martí en su esperado reencuentro con la naturaleza antillana. En esta isla tan próxima a la suya el cubano escribe su diario para celebrar (a veces con demasiado entusiasmo para la realidad de los hechos) la armonía que allí reina entre el hombre dominicano y haitiano, con su cultura particular, y la naturaleza propia en la que viven. Esa adecuada consustanciación entre *naturaleza* y *cultura* es el ideal que viene persiguiendo Martí para todos los países de nuestra América, en los cuales, aun tras la independencia, se han impuesto artificialmente una cultura y una forma de gobierno importadas de Europa y, por ello, tan inoperantes para hacer progresar a los pueblos americanos. De ahí que uno de los deseos más

urgentes del autor sea precisamente el de *nombrar*, con el nombre local auténtico, esa naturaleza antillana que tradicionalmente se ha nombrado con palabras europeas o en continua comparación con Europa. Aquí la América insular aparece desnuda, libre de toda referencia foránea que pudiera considerarse obligatoria: los lugares naturales y los productos culturales, incluidos los vestidos y los utensilios de la vida cotidiana, aparecen con el sencillo nombre que usan sus habitantes.

La condición fragmentaria del relato, desde su estructura interna hasta su estilo verbal, queda manifiesta en el mismo hecho de omitir la relación completa del itinerario geográfico que ha seguido en su viaje por la República Dominicana y Haití. Ni siquiera se nos informa del emplazamiento de cada pueblo o ciudad mencionados, algo más sorprendente aún si sabemos que los destinatarios explícitos son dos jovencísimas lectoras que desconocen esa isla. Sólo una voluntaria reconstrucción mental nos permite deducir que Martí inicia su andadura en Montecristi, localidad del noroeste de la República Dominicana; hace noche en distintos pueblos, como Peña o La Esperanza, hasta llegar a Santiago de los Caballeros, donde viven algunos de los compañeros que se suman a la pequeña expedición. Luego pasan de nuevo por algunos de esos pueblos hasta atravesar la frontera con Haití, país en el que visitan distintas localidades, como Ouanaminthe, Fort Liberté o Pétit Trou. Desde allí vuelven a Montecristi, navegan hasta la isla de Inagua y luego toman rumbo a Cabo Haitiano, donde finaliza el itinerario de este diario primero.

Uno de los rasgos expresivos que mejor caracterizan este diario inicial es la polifonía verbal, que se hace patente en la multitud de *diálogos* y de citas del lenguaje oral de cada personaje, con el objeto de que apreciemos el habla propia de cada lugar, de cada grupo social y étnico e incluso de cada personaje; todo lo cual revela la certeza martiana de la capacidad que tiene nuestra América, la América hispana, para construir una sociedad armónica dentro de la amplia diversidad de caracteres y de razas. Y es que la *lengua*, o el peculiar uso de la lengua, como bien apunta el autor al comienzo del *Diario*, es el mejor retrato de una persona y de un pueblo, a la vez que el principal producto de una cultura: «La frase aquí [habla de Montecristi] es añeja, pintoresca, concisa, sentenciosa: y como filosofía natural. El lenguaje común tiene de base el estudio del mundo, legado de padres a hijos, en máximas finas, y la impresión pueril primera» (1975, 186). Por eso Martí no escatima espacio para dejarnos escuchar el habla de todo tipo de gentes; por ejemplo, el de la negra Nené, madraza de unos veinte hijos, dueña del aprecio de todo el pueblo de Peña:

«Utedes me dispensen», dice al sentarse junto a la mesa a que comemos, con rom [sic] y café, el arroz blanco y los huevos fritos: «pero toito ei día e stao en ei conuco jalando ei machete» (1975, 188).

Algo semejante hace Martí con el habla de numerosos y muy diversos personajes: pensemos, por ejemplo, en la criolla doña Ceferina Chaves (cf. Martí, 1975,

194-195), o en un empleado del consulado de la República Dominicana en Ouaminthe, el negro conocido como «general Corona», y de quien no solo se nos ofrece un habla lingüísticamente peculiar por su raza y cultura, sino un estilo verbal que revela en sí toda una ética: «Poi que yo de aita política no sé mucho, pero a mí acá en mi sentimiento me parece sabé que política e como un debé de dinidá». Y, para que tampoco nos forjemos la imagen de un hombre intachable para todas las conciencias, el autor añade otra advertencia del mismo personaje:

«Trece hijos tengo, amigo, pero no de la misma mujei; poi que eso sí tengo yo, que cuando miro asina, y veo que voy a tener que etai en un lugai má de un me o do, ensegúa me buco mi mejó comodidá», y luego, a la despedida, «ella ve que no tiene remedio, y la dejo con su casita y con aigunos cuaitos: poi que a mi mujei legítima poi nada de ete mundo le deberé faitai» (1975, 200-201).

Es muy significativo el detenimiento con que Martí, empleando variadas técnicas —aunque con predominio del diálogo en estilo directo—, retrata a cada personaje, sin discriminaciones de raza, de cultura o de posición social. Tanto espacio se le dedica al hacendado don Jesús Ramírez y a cada una de sus hermosas hijas como al campesino don Jacinto, hombre de mal carácter pero poseedor de un instinto natural de justicia y de una particular resignación ante el sufrimiento, como ocurre en el caso del adulterio de su mujer o en un problema de lindes con los terrenos del vecino. Otros personajes son caracterizados con muy pocas pinceladas acerca de su aspecto físico, aunque también resultan magistralmente reveladoras de su estado anímico. Incluso algunos personajes son llamados a escena para cumplir una función puramente poética en medio de una descripción panorámica sobre el paisaje. Así ocurre con un negro haitiano observado en la playa de Montecristi, quien se convierte en símbolo de la plena armonía entre la naturaleza y el hombre que la habita:

De pie, a las rodillas el calzón, por los muslos la camisola abierta al pecho, los brazos en cruz alta, la cabeza aguileña, de pera y bigote, tocada del yarey, aparece impasible, con la mar a las plantas y el cielo por fondo, un negro haitiano.—El hombre asciende a su plena beldad en el silencio de la naturaleza (1975, 207).

Sin embargo, al llegar a este punto, debo advertir que la naturaleza dominicana y haitiana se recrea mediante unos pocos trazos de muy vivas sugerencias. En comparación con el carácter y el habla de sus gentes, la naturaleza antillana desempeña la función de mero escenario de la acción humana, aunque, en íntima compenetración con el trabajo del hombre, ese escenario adquiere también una honda significación simbólica. En la descripción más detallada del paisaje dominicano, que vale la pena reproducir aquí, Martí parece haber cumplido con el deber de testimoniar la gozosa singularidad de la naturaleza isleña:

Nos rompió el día, de Santiago de los Caballeros a la Vega, y era un bien de alma, suave y profundo, aquella claridad. A la vaga luz, de un lado y otro del ancho camino, era toda la naturaleza americana: más gallardos pisaban los caballos en

aquella campiña floreciente, corsada de montes a lo lejos, donde el musgo frondoso tiene al pie la espesa caña: el mango estaba en flor, y el naranjo maduro, y una palma caída, con la mucha raíz de hilo que la prende aún a la tierra, y el coco, corvo del peso, de penacho áspero, y el seibo, que en el alto cielo abre los fuertes brazos, y la palma real. El tabaco se sale por una cerca, y a un arroyo se asoman caimitos y guanábanos. De autoridad y fe se va llenando el pecho (1975, 192).

Será en el diario siguiente, localizado enteramente en Cuba, donde la naturaleza antillana alcance igual protagonismo que los hombres. Por lo demás, quiero llamar la atención sobre el armónico contraste que se produce entre el paisaje rural, habitado por gente en su mayoría iletrada, y las referencias librescas a la cultura europea, como el libro *Origines des Découvertes attribuées aux Modernes*, de Dutens, publicado en Londres en 1776, que el autor hojea nada más llegar a Haití; o *Les Mères Chretiennes des Contemporains Illustres*, que le lleva a recordar a distintos personajes reales o ficticios, como la madre de Tomás Moro o la de don Fermín de Pas, el Magistral de *La Regenta*. En general, estas referencias literarias en medio de una aldea o de una pequeña ciudad antillana vienen a reforzar la idea de que América, aunque necesita una cultura y una literatura propias, no debe cerrarse a las beneficiosas influencias culturales del Viejo Continente, siempre y cuando no se pliegue ante ellas ni recaiga en una servil imitación.

A la vez resulta muy sintomático el poco uso de las descripciones impresionistas que tanto abundan en los anteriores escritos martianos y que constituyen una joya de prosa poemática. Aquí, la naturaleza y sus gentes, como apuntaba Ada María Teja en la cita anterior, brillan por su presencia real, sin mediación de símbolos ni de metáforas. Sólo en muy pocos casos Martí deja volar sus percepciones imaginarias sobre ese paisaje real y pletórico de incitaciones emotivas:

Y abrí los ojos en la lancha, al canto del mar. El mar cantaba [...]. La larga música, extensa y afinada, es como el son unido de una tumultuosa orquesta de campanas de platino. Vibra igual y seguro el eco resonante. Como en ropa de música se siente envuelto el cuerpo. Cantó el mar una hora —más de una hora—. La lancha piafa y se hunde, rumbo a Montecristi (1975, 205).

Y aunque decía que en estos *Diarios* Martí no pretende enseñar nada, sí que podemos encontrar, al hilo de un suceso apuntado, una breve reflexión sobre la amistad, que salta espontáneamente al papel (cf. 1975, 199), sobre la necesaria tolerancia ante el contrabando cuando las leyes son injustas (cf. 1975, 200) o sobre la superioridad del esfuerzo personal frente a los bienes heredados (cf. 1975, 203); todo lo cual, lejos de imponerle al texto una finalidad didáctica, viene a enriquecerlo con el *ethos* personal del autor, estimulado por el admirable cuadro natural y humano de esta isla.

Así pues, en este *Diario de Montecristi a Cabo Haitiano*, Martí ha integrado lo natural geográfico, lo étnico, lo cultural, lo social y lo moral en el espontáneo recuento de un viaje personal. Cada detalle apuntado, por pequeño que sea en

sí mismo, aparece dotado de una significación muy valiosa dentro de este canto a la armonía entre la *naturaleza* y la *cultura* propia del hombre que la habita.

El segundo y último diario, *De Cabo Haitiano a Dos Ríos*, también conocido como *Diario de campaña*, no tiene ninguna dedicatoria a un destinatario explícito: tal vez porque todo el texto ha sido concebido, con mayor voluntariedad que el anterior, para cualquier lector futuro que desee conocer y revivir el *heroísmo colectivo* de los fundadores de la patria cubana; representado, eso sí, desde la perspectiva subjetiva y poética de un narrador privilegiado: el autor, que es también personaje, nada menos que el Delegado del Partido Revolucionario Cubano, aclamado aquí y allí como Presidente del futuro Estado libre. Como ha observado Denia García Ronda, «el propio *Diario* parece probar: 1) que Martí tenía la esperanza —independientemente de la suerte que él mismo corriera— de que sus apuntes sobrevivieran a la guerra; y 2) que dentro de la espontaneidad de su expresión (por otra parte nunca negada en su obra anterior), y las circunstancias especiales en que se lleva a cabo su elaboración, Martí se preocupó por que la forma artística correspondiera tanto a la nueva coyuntura histórica como a la nueva situación vital de quien escribe, a su nuevo estado de ánimo, a su *inspiración*» (García Ronda, 1989, 492).

Y ese propósito de mantener vivo en la memoria de su pueblo el heroísmo colectivo de los fundadores de la patria es lo que confiere a este testimonio el carácter *épico*, con la particularidad de que aquí el narrador de la gesta es también uno de sus protagonistas, de manera que su *pathos* personal, sin perder su singularidad, se confunde con el *pathos* colectivo de todos los héroes. El relato cobra así una autenticidad histórica y poética mucho mayor: histórica, por la autoridad de quien nos da el testimonio, y poética, por la intensidad de una emoción que, al margen de su veracidad histórica, rezuma sinceridad espiritual en todo momento. Por eso, por la voluntad de transmitir a todas las generaciones la verdad sobre el heroísmo de su pueblo, Martí no escatima ningún detalle relacionado con las personas: de otra manera no se entendería la extensa mención de nombres propios de militares y civiles, gentes de toda condición, que arriesgaron su vida por la independencia de su patria. Como un nuevo Bernal Díaz del Castillo, que contó la hazaña colectiva de la conquista de México desde el punto de vista de un español, aquí Martí relata la conquista de su propia tierra, sólo que con la perspectiva inversa, la del americano que expulsa al español de la tierra que ya no debe pertenecerle. Es ese aliento épico el que explica el constante entusiasmo del narrador ante todos los hechos de la gesta, incluso en aquellos momentos en que sus proyectos personales se ven contrariados o son zarandeados por la duda.

A pesar del cuidado que ha puesto el autor en la elaboración artística de su *Diario de campaña* (cf. Gregory, 1970, 3-102, véase especialmente las páginas 95-97), Martí ha escrito estas páginas *con prisa*, y no solo por las circunstancias

bélicas en que escribe, sino por el afán de abarcar todos los detalles posibles de una hazaña que es de suyo inenarrable. La prisa de su escritura le impone una dicción mucho más concisa que la del diario anterior, así como un ritmo narrativo mucho más rápido. Todo ello origina un estilo también más fragmentario, donde faltan palabras conectoras y se omiten transiciones lógicas esperables; pero, a la vez, el texto resulta mucho más sugerente, pues manifiesta lo reacia que es esa inmensa realidad para dejarse nombrar por una palabra y un tiempo siempre limitados.

Martí, en efecto, nos ofrece en cada párrafo una enorme cantidad de información, pues ya no solo pretende hablar de su reencuentro con la naturaleza y el hombre antillanos: ahora pretende dar fe de cómo esa gesta de construir la nación cubana, a la que ha dedicado los desvelos de toda su vida, alcanza su efectiva realización. Para ahorrar ese espacio y ese tiempo que no tiene (y que es inútil buscar), recurre con frecuencia a la frase nominal, a unos incisos explicativos muy breves pero de mucha enjundia, a la oración trunca; a las enumeraciones rápidas de personas, de plantas, de alimentos; a la narración de escenas simultáneas, propia del cine... El autor intenta inventararlo todo, mientras nos sugiere que esa realidad de su patria y de su aventura escapará siempre a todo inventario. Véase una pequeña muestra muy representativa, una breve secuencia de la entrada del 14 de abril de 1895, uno de los primeros del *Diario*:

Desfile, alegría, cocina, grupos. En la nueva avanzada: volvemos a hablar. Cae la noche, velas de cera, Lima cuece la jutía y asa plátanos, disputa sobre guardias, me cuelga el General mi hamaca bajo la entrada del rancho de yaguas de Tavera. Dormimos, envueltos en las capas de goma. ¡Ah! antes de dormir, viene, con una vela en la mano, José, cargado de dos catauros, uno de carne fresca, otro de miel. Y nos pusimos a la miel ansiosos. Rica miel, en panal.—Y en todo el día, ¡qué luz, qué aire, qué lleno el pecho, qué ligero el cuerpo angustiado! (1975, 216).

Desde las anotaciones del primer día en Cuba (en uno de cuyos párrafos exclama: *Salto. Dicha grande*) todo el *Diario* emana un encendido fervor hacia su tierra y hacia la gente comprometida en liberarla. Pero ese fervor y ese entusiasmo propios del tono épico no son óbice para referir algunos contratiempos y vacilaciones, como sucede en el desencuentro que tuvo el 5 de mayo en el ingenio de Mejorana con el general Antonio Maceo, firme partidario de que el gobierno de la nueva República estuviera en manos de una Junta Militar (cf. 1975, 228-229). Sin embargo, todas las contrariedades se hallan subordinadas a una trama que para Martí, ungido con espíritu profético, resultará victoriosa y ejemplar.

La armonía entre el hombre y su tierra, que en este segundo *Diario* alcanza una perfección sublime, lleva a nuestro autor a representar los elementos de la naturaleza cubana con mucha mayor explicitud que en el diario anterior, a pesar de la urgencia vital y narrativa con que escribe. La razón está en que esa naturaleza, que también es parte de la patria, necesita ser nombrada con el nombre real,

cubano, que hasta ahora no había aparecido en los libros y que es necesario acuñar en la forja de una auténtica cultura cubana. He aquí un verdadero desfile de árboles patrios, enfocados en su desnuda inmediatez, despojados de toda definición o comparación con lo que pudiera conocer el lector ajeno a esta tierra:

Arriba el curujeyal da al cielo azul, o la palma nueva, o el dagame que da la flor más fina, amada de la abeja, o la guásima, o la jatía. Todo es festón y hojeo, y por entre los claros, a la derecha, se ve el verde del limpio, a la otra margen, abrigado y espeso. Veo allí el ateje, de copa alta y menuda, de parásitas y curujeyes; el caguairán, «el palo más fuerte de Cuba», el grueso júcaro, el almácigo, de piel de seda, la jagua, de hoja ancha, la preñada güira, el jigüe duro, de negro corazón para bastones, y cáscara de curtir, el jubabán, de fronda leve, cuyas hojas, capa a capa, «vuelven raso el tabaco», la caoba, de corteza brusca, la quiebrahacha, de tronco estriado, y abierto en ramos recios, cerca de las raíces, (el caimitillo y el cupey y la picapica) y la yamagua, que estanca la sangre... (1975, 235).

Como en el diario anterior, tampoco aquí parece haber lugar para las creativas figuraciones impresionistas o expresionistas con que Martí ha descrito a tantas personas y paisajes en su prosa anterior: lo real y directo se impone; la meta es hacer visible la patria hasta la total transparencia. En cualquier caso, cuando lo que se pretende no es describir el paisaje sino condensar vívidamente el estado de su alma, el autor echa mano de símbolos que, por vía más bien expresionista (pues transmiten en imágenes irracionales lo espiritual, lo que de suyo no tiene imagen física), interpretan con la mayor subjetividad posible las sensaciones producidas por la naturaleza, confiriéndoles un sentido moral que las trasciende:

[...] entre los nidos estridentes, oigo la música de la selva, compuesta y suave, como de finísimos violines; la música ondea, se enlaza y desata, abre el ala y se posa, titila y se eleva, siempre sutil y mínima—es la miríada del son fluido: ¿qué alas rozan las hojas? ¿qué violín diminuto, y oleadas de violines, sacan son, y alma, a las hojas? ¿qué danza de almas de hojas? Se nos olvidó la comida; comimos salchichón y chocolate y una lonja de chopo asado.—La ropa se secó a la fogata (1975, 218).

Escribe Fina García Marruz que «si de España toma Martí la palabra gravitante, llena, teñida de eticismo, si en los Estados Unidos descubre la fluencia del tiempo, de lo diario, las Antillas le dan, literalmente, la música. Hay una especie de acuidad en la atmósfera que le hace percibir, con fuerza mayor a la de las imágenes, los ruidos, los sonidos, la música, las palabras» (1969, 235). Yo precisaría aún más, porque no es que Martí renuncie en los diarios a las sensaciones visuales, sino que, cuando trata de expresar con la mayor síntesis posible la plenitud de su armonía espiritual, recurre más pronto a las sensaciones auditivas de la música que al color de la pintura; pues la música, por su propia inmaterialidad, es la que con mayor inmediatez tiñe nuestra emoción de una tonalidad concreta.

También nos conviene advertir que la *prisa* con que Martí escribe su *Diario* postrimero, su afán por apresar simultáneamente todas las escenas y enfoques posibles de su tierra y de sus compatriotas, no le impide aludir a hechos específicamente bélicos o políticos. Ya he mencionado su desencuentro con Maceo; también cobra especial relieve su duda acerca de la conveniencia de renunciar a su liderazgo durante la guerra, para luego poder aconsejar con mayor libertad e independencia a los dirigentes de su patria. En cualquier caso, tales reflexiones acceden al texto en forma de rápidas incitaciones para el pensamiento, que invitan al lector a plantearse y a solucionar por cuenta propia esas cuestiones, antes que a asimilar unos razonamientos ya rigurosamente organizados y resueltos.

El *Diario de campaña* acaba el 17 de mayo (sus últimas líneas dicen: *Asan plátanos, y majan tasajo de vaca, con una piedra en el pilón, para los recién venidos. Está muy turbia el agua crecida del Contramaestre,—y me trae Valentín un jarro hervido en dulce, con hojas de higo...*; 1975, 243), y acaba justo dos días antes de su muerte, truncado por el destino vital del poeta y sin un final proyectado o más o menos previsible. En cualquier caso, este *Diario*, que había nacido como una serie de fragmentos, también acaba sin poder hacer recuento de todos los hechos y personajes; y esto no solo sucede así por la azarosa muerte de su autor, sino porque la realidad que pretendía abarcar era de suyo inabarcable. Y Martí lo sabía.

Contemplados conjuntamente los dos *Diarios* de sus últimos meses de vida, sus dos únicos diarios, verificamos que estos escritos tan sintéticos nos cuentan cómo se hizo realidad el proyecto de toda la vida de Martí, que coincide con el proyecto de la nación cubana. Si bien el primer *Diario* tiene una función preparatoria (tanto por los personajes y los hechos como por el escenario en que transcurren) y el segundo, el *Diario de campaña*, es la culminación de la empresa fundadora de su Patria, en ambos, pese a todas sus peculiaridades, alienta una voluntad de relatar las vivencias de esos días con la brevedad, la urgencia y la transparencia que demandan las circunstancias. Al final comprobamos que estos diarios constituyen una *colección de fragmentos*, sí, pero esa condición fragmentaria no es aquí un defecto, sino que procede de la sabia convicción de que la realidad total, y también la realidad total de su patria, es inapresable por un texto.

Al final de su vida Martí se halla más convencido que nunca de las limitaciones de la escritura, pero a la vez ha resuelto esas limitaciones con una grandeza literaria que todavía no deja de sorprendernos.

BIBLIOGRAFÍA

GARCÍA MARRUZ, Fina, y CINTIO VITIER (1969), «La prosa poemática de José Martí», en *Temas martianos*, La Habana, Biblioteca Nacional José Martí.

- GARCÍA RONDA, Denia (1989), «*Diario de campaña* de José Martí: pensamiento y forma», en *Letras. Cultura en Cuba* (ed. Ana CAIRO BALLESTER), La Habana, Pueblo y Educación, tomo 2.
- GREGORY, Nuria (1970), «Correcciones a las ediciones del *Diario de campaña* de José Martí», *Anuario L/L* (La Habana), 1, 1970.
- MARTÍ, José (1975), *Obras completas*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, tomo 19.
- (2001), *Poesía completa* (ed. Carlos Javier MORALES), Madrid, Alianza Editorial (Colección El libro de bolsillo).
- (2004), *Ensayos y crónicas* (ed. José Olivio JIMÉNEZ), Madrid, Cátedra (Colección Letras hispánicas).
- TEJA, Ada María (1994), «El *Diario de campaña* de José Martí como discurso descolonizador y canto de vida», *Actas del XXIX Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana* (ed. Joaquín MARCO), Barcelona, PPU, tomo II (vol. 2).